

# Sociología de Rentería

por ANTONIO MENDIZABAL ECHEVERRIA

Los socialistas, que luego se llamarían utópicos, intentaron a comienzos del pasado siglo solucionar la gran miseria e incultura en que había desembocado la industrialización y el desarrollo del capitalismo. Más tarde, sus doctrinas fueron superadas por nuevos hechos y nuevas luces. Sin embargo, uno de ellos, Ricardo Owen, realizó en Inglaterra algo que todavía es digno de tenerse en cuenta. Comprendiendo él que también el obrero es fundamentalmente un ser espiritual con finalidad propia y no una máquina de trabajo a quien se paga el combustible de la alimentación, realizó lo que se llamó la ALDEA FABRICA. Owen era un potente industrial de hilaturas, construyó su fábrica y junto a ella las viviendas, la iglesia, los lugares de diversión y recreo, las academias de estudio, rodeado todo de amplios jardines y abundante arbolado y todo ello en la debida proporción para que el obrero fuese lo que debe ser: hombre. Hoy los más modernos planes de urbanización no intentan otra cosa.

Para saber en qué medida se desarrolla humanamente la vida en un núcleo industrial, podemos tomar como modelo esta obra y analizar en qué medida hay armonía en la proporción de los distintos elementos.

Tenemos en Rentería una ciudad industrial: 19.000 habitantes. No se puede afirmar que la reducida ALDEA FABRICA de Owen sea un ideal en cuanto a tamaño, puesto que la gran industria ha tomado un incremento entonces insospechado. Pero tampoco lo son los grandes centros fabriles donde la vida de los hombres se pierde en un bosque de chimeneas y humo. Posiblemente, como ciudad fabril, el número de habitantes de Rentería bordea el límite de lo apetecible.

La industria renteriana se mueve entre dos polos: la pequeña industria doméstica de vida casi gremial, y las grandes sociedades anónimas a cuyos componentes desconocemos totalmente como ellos nos desconocen a nosotros. Es una anomalía importante, pues siempre plantean problemas a los que no se da una adecuada solución. Además de lo lamentable que resulta el que el producto de los sudores de Rentería no quede en Rentería. Estos hechos configuran al pueblo ya que hacen viva aquí no exista más que una clase: la clase obrera, fundamento del compadreo y camaradería que tanto caracteriza a nuestra Villa.

El problema de la vivienda hay que analizarlo emparentándolo con el crecimiento demográfico. En 1950 existían en Rentería 2.485 viviendas para 14.260 habitantes. Todas estaban ocupadas e indudablemente supersaturadas. En 1960 con 18.876, es decir 4.500 habitantes más que hace diez años, el número de viviendas a pasado a 4.201, casi el doble. Sin embargo, todavía faltan 140 viviendas para que cada hogar viva su vida independiente. Esto habla de demasiadas estrecheces. No hay armonía. A pesar de todo existen 119 viviendas desocupadas que hablan del bajo nivel en que se desenvuelven no pocos; y tantas casas viejas que no guardan proporción con la riqueza que se produce en Rentería. Existen en construcción

491 viviendas, pero el aumento migratorio hará que el problema no se solucione. Sin embargo, se percibe que la curva demográfica y la de construcciones vendrán a cruzarse pronto y a solucionar el problema definitivamente.

Respecto a la vida religiosa vemos que desde el año 1936 hasta la actualidad, habiendo pasado el número de habitantes de 8.000 a 19.000 ha permanecido, hasta hace muy poco, la misma y única parroquia y el mismo número de sacerdotes. Ahora se ha abierto la iglesia de los Capuchinos con una capacidad aproximada de 500 personas, y está construida y por inaugurar otra tercera en Alaberga con capacidad para unos trescientos. Pero ya la vida de Rentería desborda el control religioso que antes pudiera tener la Iglesia. Una prueba que se verificó el año 1947 dio una asistencia a la misa dominical de un 70 %. Hoy rondará el 50 %. Las causas



Una "amoña" de las de ahora.

de este descenso se reparten entre la fuerte inmigración sufrida, el estancamiento padecido por la misma Iglesia y la mayor complejidad de problemas que trae consigo la vida moderna unida a la industria y que por lo que se ve no han hallado solución adecuada.

El problema escolar aqueja parecida desproporción. La población estudiantil da un número de 2.480. Antes de 1936 existían en Rentería cinco centros escolares que hoy albergan a 951 educandos. Ultimamente se han habilitado otros cinco más, con capacidad para 787 escolares. La suma de ambos, 1.738, da un déficit de 742 niños que se arreglarán como puedan para adquirir la instrucción necesaria. Con estos datos no se pueden hacer exigencias impertinentes de cultura y formas cívicas. En la mayoría de las escuelas se amontonan los alumnos obedeciendo al sistema más antipedagógico posible. Los mejores métodos quedan arrinconados en los libros. Es incuestionable el que haya que atender más a la cantidad que a la calidad.

Si atendemos a los lugares de diversión y es-

parcimiento vemos que al tiempo que se ha triplicado el número de habitantes, perdura el mismo número de salas de espectáculos, con la sola diferencia de que un teatro se ha transformado en cine. Los campos de deporte no han sufrido variación. Una gran alameda existía en Rentería: parte se sacrificó para defendernos de las aguas y el resto se lo llevó una Sociedad Anónima, y no ha sido sustituida por nada semejante. Así es cómo la expansión de Rentería se convierte en un conglomerado de casas donde los lugares de expansión para el juego y el deporte son las calles, cuando no la invasión de los linderos particulares. Es otra desproporción.

De todas formas, la vida renteriana se despliega en los bares. Debe ser lo único que ha aumentado en proporción tan exuberante como el número de habitantes. El bar en Rentería es el casino: se juega, se bebe, se charla y se discute. Es el lugar donde, de hecho, el pueblo encuentra su propia personalidad. Junto al vino se barajan con entera libertad toda suerte de opiniones: desde las más encumbradas tesis teológicas, pasando por la siempre discutible política hasta las delicias del amor. Si se está alegre, para aumentar la alegría; si se está triste, para apagar las tristezas. Y junto a los bares el jaleo y ruido del baile de los domingos. Si son un bien, ahí están. Si son un mal, es inútil intentar extirparlos de un manotazo, pues poseen raíces muy profundas. Cuestiones tan vitales jamás deben ser abolidas sino más bien sustituidas o a lo menos transformadas. Es indudable que son realidades que las ha creado el pueblo, porque no se le han dado otras a su medida.

El panorama que esquemáticamente se ha presentado no es que sea halagüeño, pero tampoco es pesimista. Son problemas que ha planteado siempre y en todo lugar el progreso industrial. Goethe, al ver las nuevas industrias de su tiempo, añoraba el ambiente de los antiguos telares que había visto en Suiza, donde parsimoniosamente hilaban las mujeres a la vez que cantaban salmos. El tiempo no le dio la razón, pues hoy todos ensalzamos aquellas naciones de las que él se lamentara. No hay creación sin dolor y hoy se sufren dolores de parto para futuras épocas de mayor luz. No es mejor el que no existan problemas, pues los que más carecen de ellos son los cadáveres. El planteamiento de los grandes problemas es lo que ha traído las soluciones y siempre han sido grandemente insospechadas.

El espíritu de cultura se puede entender de muchas formas, y ante un pueblo que trabaja, el único criterio que sirve es el concepto que tenga de la justicia, de los derechos y de los deberes. Con este criterio hay mucha gente culta que es inculta. No es que Rentería sea un pueblo de avanzadilla, pero el paso del tiempo va perfilando su mente. Su estructura no es lo que debiera ser, es decir una ALDEA FABRICA de Owen en grande, pero llegará a serlo. El hombre lleva dentro de sí un ansia de perfección y hace que tiempos actuales o futuros resulten, a la larga, mejores que los pasados.